

UNA IDEA GENIAL

Lo que está a punto de leer es un fragmento de la autobiografía que la escritora argentina Ines Acevedo decidió escribir... a los 25 años. El libro, que publica este mes Alpha Decay, obtuvo la primera mención del Premio Indio Rico, cuyo jurado estaba integrado por Edgardo Cozarinsky, Ricardo Piglia y María Moreno. Esta última ha comparado a la joven Acevedo con Carmen Laforet o Colette. Pasen y vean.

2008 - 2053

¿Por qué la ansiedad de esta segunda gripe? Porque ya me gustaría tener setenta. Siempre fui así, siempre quise “quemar etapas”. Mi mamá me decía “no hay que quemar etapas”. Me acuerdo la primera vez que me lo dijo. Íbamos en el auto a toda velocidad, saliendo por la huella, pasando por la tranquera, encarando la ruta, llegando tarde a algún acto escolar. La tierra estaba seca, era primavera, el jazmín amarillo de la tranquera se llenaba de color, una imagen con la que asocio colores más antiguos, los de las fotos de los paquetes de semillas que compraba mi mamá para la quinta. Mucho antes, cuando tenía cuatro años, miraba esas fotos de vivos colores y la idea de que el sol las estaba secando cubría a las arvejas, rabanitos, ¡y a las lechugas! de una pátina opaca. Las miraba y las miraba, sin creer que esas verduras realmente pudieran existir, la luz del farol brillaba y me parecía que las verduras estaban calientes y abandonadas del agua. Esta fijación obsesiva en fotos de unas simples verduras muestra qué criatura apasionada era. Y qué simples son los objetos que motivan la atención de un niño. Como consecuencia de esto, a los ocho ya estaba harta de vivir, y harta de que mi mamá me retara continuamente por mi personalidad. La sociabilidad en el jardín de infantes había sacado a relucir cierto egoísmo que mi madre desaprobaba. A instancias de mi papá, para quien yo era una persona fuera de serie,





pensaba que el mundo era una porquería demasiado simple para mí. Me creía naturalmente genial. Esperaba la aprobación de mis padres relatando escenas que demostraban mi superioridad, “mamá, Tati no sabe contar hasta diez y yo sí”. Y me acuerdo de mi sorpresa al ver en la cara de mi madre una interrogación cruel, como diciendo “¿y con eso qué?”. Yo estaba en contra de todo el mundo. Los adultos, principalmente las maestras de la escuela, me parecían ineptos. Estoy hastiada de la vida, le dije un día a mi mamá. Más precisamente le dije “mamá, ya no puedo llevar este cuerpo”. A mi aburrimiento se sumaba el cansancio de sentirme gorda. Yo estaba de un lado de la tabla de planchar, mi mamá del otro. Me encantaba mirar lo que hacía y estar cerca suyo. Ella no me dejaba planchar. Decía que me podía quemar. En realidad yo no llegaba a la tabla, mi visión se dirigía hacia las sábanas colgantes, al vapor, y a los fierros de la tabla, de una temperatura desagradable que yo conocía por haberme escondido ahí abajo. Me exasperaba el contraste entre la sábana caliente y ese fierro frío, fierro nefasto que tantas veces se resistió a ser plegado, donde mis dedos fueron a parar para darle un calor infeccioso. Me dolía la cabeza, obsesionada con los objetos. Mamí, ¿puedo planchar? A veces cuando estoy trastocada, voy caminando por la calle, cierro los ojos para no ver, y al abrirlos sé que al final de la esquina va a estar mi mamá planchando.

En realidad, era víctima de una forma diferente de percibir el tiempo. Tenía la sensación de estar conectada con el más allá, de haber vivido en el Futuro y haber vuelto, la sensación de estar encerrada en mi infancia, y por eso quería avanzar. Había muchas cosas falsas en el presente que producían fuego en mi interior. Estaba de vuelta. Por otra parte, era tan feo ser niña, porque era obvio que no era el mejor momento... Las maestras nos regalaron para “Nuestro Día” un almanaque con la siguiente frase: “la infancia es un mágico lugar de sueños donde todo es posible”. Yo estaba indignada. Llegué a mi casa, me metí en el cuarto, y rompí el almanaque en pedazos.

A los ocho años me cambiaron de cama. Quedé en una cama de plaza y media, con respaldo alto de madera labrada. Flores de ensueño. Una cama Señorial, digna de una princesa semi adolescente. Y la cama (¡cuidado, no te pinches al subir!), tenía como quien dice unos alambres del elástico salidos, y para trepar tenía que saltar como un carnero, lo que me obligaba a estirarme, y me gustaba quedarme así, con las manos metidas abajo de la almohada, sin

energía para continuar hacia adentro, el cuerpo descansando hasta el momento en que la relajación me diera frío, que ocurre tardíamente, porque los niños siempre estamos largando temperatura. Y después de un tiempo de estas coreografías que me hacían perder el sueño y desear que alguien pudiera admirar mi hermosa personalidad, un día amanecí, y el camisón —¡yo misma había cosido una rajadura!— me

“Tenía estatura normal,
pelo gris y enrulado, y ojos
celestes, marrones, verdes y
grises de mirada huraña,
excepto en los momentos en
que algo lo molestaba, cuando
su mirada era espeluznante;
entonces era difícil mirarlo
a los ojos, pero yo con mis
ojos puedo provocar el ladrido
de los perros y el llanto de
los bebés...”

quedó chico. O se rompió. Y lo cambié por una musculosa larga y sugerente. Me estaba convirtiendo en una persona.

La aparición de esta musculosa sacada quién sabe de qué lugar, me hipnotizó, y me quedé mirándome en el espejo hasta que mi cara se convirtió en la de una vieja. ¡Tuve la visión! Era yo a los setenta años. Pude ver el futuro. La cara de vieja iba y venía a la de niña, y así me miré, y me miré, hasta que me cansé, reconozco. Sí. Soy yo. Pero no yo. Sí. Soy yo, efectivamente. ¿Había cambiado? ¡Casi nada! Solamente un poco más larga la cara, pero la cabeza y el pelo

eran igual, y los ojos más borrosos. De esta forma quedé conectada con mis setenta años, a través del espejo.

Algo más sobre mi papá y los meteoros

Ya dije que mi papá estaba loco... aunque sólo lo entendí de verdad hace pocos años

Nació en La Pampa, en Ingeniero Luigi, justo en un momento en que mi abuelo no estaba, pero él llegó a tiempo para cortarle el cordón umbilical. Mi abuela debió haber estado asustada, ya que su madre había muerto después de tenerla a ella. Tres años después mis abuelos se mudaron a la provincia de Buenos Aires, y mi abuelo construyó el rancho donde nosotros nos criamos. Mi papá tenía tres años cuando realizaron este viaje de La Pampa a Buenos Aires, y siendo una persona de memoria prodigiosa, podía recordar este momento, que parece trascendental. Por primera vez cruzó un río y vio agua, y esto le produjo un ataque de pánico. Hasta ese día, la geografía pampeana le había ocultado por completo este elemento mágico. Al llegar al que sería su hogar, el cielo cambió de color y temperatura, y se largó llover. Ambos acontecimientos generaron una semilla de locura imposible de extirpar y desde ese momento mi papá no tuvo otro interés que mirar las nubes. Trastocado, la conexión entre el río mortal y el hecho de que esa agua pudiera caer desde el cielo fue un trastorno constante en su vida.

A partir de ese momento no tuvo otro interés que predecir el clima. Registraba los datos climáticos en libretas que llevaba desde corta edad. A eso de los treinta su familia lo convenció de estudiar Geografía, y casi terminó la carrera. Sus conocimientos eran científicos, pero estaba convencido del poder de la observación humana. Por eso el Servicio Meteorológico Nacional era su enemigo. ¡A pesar de todos sus avances técnicos invariablemente se equivocaba!

Tenía estatura normal, pelo gris y enrulado, y ojos celestes, marrones, verdes y grises de mirada huraña, excepto en los momentos en que algo lo molestaba, cuando su mirada era espeluznante; entonces era difícil mirarlo a los ojos, pero yo con mis ojos puedo provocar el ladrido de los perros y el llanto de los bebés, y a mí nunca me dio miedo mirarlo a los ojos pinchudos, como decía mi mamá. Mi papá era incapaz de hacerle daño a ningún ser vivo. Aunque su obsesión era matar las hormigas que se comían los frutales, nunca lo lograba. Una vez puso una trampa para atrapar lo que él llamaba “el puma” que se comía las gallinas, pero como “el puma” se lastimó

la pata, le dio pena y lo soltó. A la hora de matar los pollos brillaba por su ausencia, y siempre terminábamos comiendo gallinas viejas. Tan grande era su inofensión que los perros y niños lo adoraban; aunque él no les prestaba atención, ellos lo seguían y nunca se olvidaban su nombre.

Durante la comida nos torturaba con sus discursos en contra del Servicio Meteorológico Nacional. Un día mi mamá le dijo, ¡Oscarcito! Esto que nos decís a nosotros tendrías que publicarlo en un diario o sacarlo en la radio para que le sirva a otras personas. La sugerencia caló hondo en él. A partir de ese momento se aplicó a la redacción y envío de pronósticos. Los publicó en el diario zonal *La voz de Mar y Sierras*, en la radio LU 22 Radio Tandil, y en los diarios *El Eco de Tandil* y *Nueva Era*. Se hacía llamar “el Rasquín Pampeano” en honor a otro célebre pronosticador mendocino llamado Rasquín.

Dos años antes de morir concluyó su estudio: *Mi escuela de meteorología sinóptica*.

Un texto fascinante que algún día publicaremos. Comienza así:

Tandil, Napaleofü, 20 de Octubre de 2002

Siempre estuve muy motivado por hacer esta pequeña publicación la que saca a relación y a relucir muchas de mis investigaciones, las que se habían mantenido ocultas.

Dichas de las cuales se habían mantenido a la sombra y ahora salen al sol y constituyen científicamente las responsables de miles de centenares de pronósticos acertados en más de 50 años, los que están debidamente corroborados.

Pero sucede que yo no tengo ya 20 años así que creo ahora será mejor. El haber tenido tanto tiempo esta información tan especial sería de una situación egoísta o de timidez mal entendida.

Éste es el índice del estudio:

Mi escuela de meteorología sinóptica

Ingredientes personales y secretos que he usado
Cómo manejo y sustento científicamente los elementos del clima. Elementos. Factores.

Cómo pronosticar el tiempo y mis secretos
Voy a analizar ahora los procesos nubosos importantes que son una de las claves de mis pronósticos
Nubes cúmulos nimbus y de gran desarrollo vertical

La caída de granizo chico y de pedriscos y donde

caerá
 Otra forma de pronosticar el tiempo
 Cómo anticiparnos a un sistema de baja presión o
 ciclónico.
 Por qué llueve, clases de lluvias y cómo se las
 puede prever
 Clases de lluvias
 Heladas y su preanuncio
 Preanuncio de una helada
 Nieblas
 Por qué nieva
 Cómo se puede pronosticar una nevada
 Temporales: cuándo comienzan y cuándo terminan
 Meteoros de consideración que sucedieron desde el
 año 1935
 Cómo pronosticar que no caerá ni una gota cuan-
 do el cielo se cubre de una gran tormenta oscura
 con truenos
 Cómo es nuestro clima y como actúa
 Nuestra anomalía climática
 Clases de lluvias y por qué llueve
 Veremos ahora cómo hago para saber cuándo llo-
 verá
 Sequía
 Vientos predominantes
 Amplitudes térmicas de nuestra zona
 Refrescadas
 Corriente del Niño
 La Niña es todo lo contrario
 Hablamos de la tropósfera, pero muy por encima
 Ozonósfera
 Cómo incide la radiación solar en los fenómenos
 meteorológicos
 Garúas de frío
 Ahora vamos a hacer un intento de pronosticar
 cada estación del año
 El Rasquín Pampeano revela sus secretos

Pensándolo mejor, creo que mi papá hacía un
Astrólogo.

1996

¡Adiós, infancia querida! A pesar de todo fui feliz.
 No me puedo quejar. De chica no tuve que trabajar.
 Cuando cumplí quince años, la entrada al mundo
 laboral cambió mi percepción del cosmos. Todo
 empezó un poco antes, a los trece. Cuando nos
 mudamos a Tandil, y se me rompió la bicicleta.
 Como dije, nos mudamos para hacer la secundaria.
 Mi hermano había empezado la secundaria dos

años antes. Mi mamá se empeñó en mandarlo a una
 escuela agrotécnica porque quería que hiciera algo
 en el campo. Mi hermano no quería separarse de
 ella. Estuvo dos años de pupilo. Volvía a casa los
 fines de semana, y los domingos lo pasaba pésimo.
 Cuando nos mudamos a Tandil tuvimos que convi-
 vir todos de vuelta bajo el mismo techo –léase mi
 papá y mi hermano– y todo se caotizó. Mi hermano
 empezó a dejar la secundaria y a escaparse de casa.
 Yo estaba muy contenta de mudarnos a Tandil. Por
 muchas cosas que había en la ciudad y no en el campo.
 Agua corriente, cloacas: confort. Me gustaba bañarme
 con agua muy Caliente sin preocuparme por el pozo
 ciego. En mi casa el agua venía del molino, y si no
 había viento no había agua, y el sistema para calentar-
 la era un termotanque a leña. Si no hacíamos no
 había agua caliente.... todo esto hacía que la ciudad
 fuera un lugar bueno, donde las cosas no dependían de
 nuestra voluntad. ¡Al abrir la canilla había agua, y esta-
 ba caliente!... Para mí era un sueño.

Igual la ciudad no era simple. El primer día que lle-
 gamos nos robaron una canasta del auto. Caminar
 por la calle me inquietaba, en las veredas había gru-
 pitos de chicos y me daba vergüenza pasar por ahí y
 que me dijeran algo. Una vez quise salir a la calle
 pero mi hermano me detuvo en la puerta, diciéndome
 “Tenés el jogging sucio”. ¿Dónde? pregunté yo,
 y él me señaló una mancha imperceptible, y luego
 otra. Ahí, me dijo, y ahí. Para mí eso no era notable,
 pero resultaba que en realidad no podíamos andar
 por el mundo con la ropa manchada. Quedé muy
 sorprendida, pero adapté el concepto.

En el centro, iba caminando por la calle y miraba
 las espaldas de la gente con maravilla de sentirme
 tan cerca de ellos sin conocerlos. Tenía el impulso de
 tocarlos sin que se dieran cuenta y tener algo suyo,
 coleccionar pelusas de su ropa, o mejor aún seguir-
 los para ver dónde vivían. Estas personas eran exó-
 ticas. Más tarde llevé adelante esta fantasía, y reali-
 cé una colección de cabello humano, pero la carpe-
 ta se perdió y no sé dónde está.

La casa era simple y linda, y tenía un patio con
 higuera. Allí colocamos a nuestro gatito, pero inme-
 diatamente el gato de al lado lo degolló. Mi herma-
 na y yo perdimos nuestros poquitos ahorros, ocho
 pesos, para pagarle al veterinario una vacuna que lo
 durmiera para siempre.

¿Si considero muertos a mis padres?

Es una pregunta difícil. En realidad no. Los padres
 solamente mueren en la imaginación de los niños
 angustiados que no pueden dormir. Pero una vez



que esto “ocurre”, la muerte de los padres no puede ser real, porque es tan Real que es grande, Imposible de procesar. En consecuencia, los padres no mueren, sino que siguen en tu mente como si nada hubiera ocurrido. De vez en cuando pasa algo lindo, algo que quisieras compartir con ellos y notás su ausencia, pero esto no es “la muerte”. Creo que la muerte sólo le ocurre a uno.

Están enterrados en cementerios diferentes. Mi mamá se murió primera, entonces fue al cementerio privado donde están mis abuelos paternos. Mi papá se quedó solo en el Cementerio Municipal, donde tanto jugamos de chicos. El entierro de mi mamá fue multitudinario, y tuvo muchas flores. Al de mi papá fueron cuatro personas y sólo tuvo una flor: la mía. Yo no fui a ninguno de los dos. Al de mi mamá porque no quise ir, al de mi papá porque llegué tarde.

Hace un tiempo fuimos a visitar la tumba de mi papá pero no la encontramos. “Es por acá, estoy segura”, dijo mi hermana, pero caminábamos y caminábamos y la tumba no aparecía. Es que no tiene lápida, ni siquiera una piedra. Es un simple

cuadrado sin delimitación. Casi nos insolamos. Fuimos a la oficina del cementerio y un señor nos dio las coordenadas escritas en un papel diminuto:

O. H. A., + 7-5-04, Secc. 3 – 9 – 4.

Nos acompañó. Le dijimos muchas gracias, le dejamos flores a mi papá y pusimos varias piedras para identificar el lugar. “¡Pero si yo había puesto un florero!”, se quejó mi hermana. Pero al florero lo vimos en la tumba que estaba en diagonal a la nuestra. Alguien lo había sacado... El empleado nos dijo que la próxima vez que fuéramos teníamos que pedirle a los del cementerio el florero reglamentario. Pero eso se hacía otro día y a otra hora, y cuando nosotros fuimos era demasiado tarde.

En mi familia es típico que ocurran estas cosas. ¿Por qué la dejadez? Yo lo miraba a mi novio y me preguntaba qué pensaría de nosotros. En realidad todos nos reíamos, a su manera particular él puso en duda que estuviéramos en la tumba correcta. Es normal que algo así nos cause gracia. Pero no se volverá a repetir.